

## *Reseña al libro*

Hernández de Lamas, Graciela Beatriz, *Humanidades I. El nacimiento de nuestra civilización. Las raíces: Israel, Grecia, Roma y el Cristianismo*, Escuelas Pías de Argentina, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2019

La autora de esta obra es Doctora en Ciencias de la Educación por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Fue profesora en la misma universidad, en la Universidad Católica de Cuyo y en la Universidad Faosta. Actualmente lo es en la Universidad Austral y se desempeña como asesora pedagógica del Equipo Provincial de la Educación de las Escuelas Pías de Argentina (de la Orden de los Escolapios). Su extensa actividad académica puede ser resumida diciendo que es maestra de maestros. En sus libros, publicaciones y conferencias se expresa su vocación pedagógica y su experiencia adquirida principalmente en las aulas escolares. Su trabajo se encuentra focalizado en la recuperación de la riqueza acumulada en nuestra tradición clásica y cristiana, que es *humanista*, en tanto busca el desarrollo de la perfección humana.

En este marco, y como parte del plan pedagógico de las Escuelas Pías, desarrolla el proyecto “Humanidades”, de la que es parte esta obra: *Humanidades I: El nacimiento de nuestra civilización*. Asimismo, el proyecto consta de dos volúmenes más: el tomo II, *La Cristiandad Medieval* y el III, *La fundación del Nuevo Mundo*. Como se explica en la Introducción (p. 4-6), las humanidades capacitan a *quien aprende* para distinguir lo verdadero de lo falso y se forma con ejercicio y disciplina. “Supone la libertad, el compromiso y el gusto por el saber, también admite que el saber verdadero tiene su fin en sí mismo; no se reduce a resolver problemas ni a una preparación para el mundo laboral. Genera un hábito de la mente que dura toda la vida y se caracteriza por la libertad, el sentido de la justicia, una cierta serenidad, maduración y sabiduría; caballerosidad y gentileza personal [...]. Las humanidades abarcan desde la gramática, inicio de la formación humanista, hasta la historia, la literatura, la geografía, arquitectura, poesía, filosofía, música” (p. 5).

En este sentido, su obra tiene como objetivo primordial la formación en la cultura humanista. A lo largo de la misma, se historia nuestra cultura desarrollando sus raíces en el pueblo hebreo, en Grecia, en Roma y que finalmente se funden en la Civilización Cristiana, que le da su forma definitiva. Cada uno de los cuatro períodos es expuesto en cuatro capítulos en los que se delinea perfectamente utilizando todos los recursos de las humanidades. Es decir, no sólo se propone un viaje de exposición de acontecimientos históricos sino que los representa a través del conocimiento de su lenguaje, geografía, poesía, filosofía y música, retratos y obras arquitectónicas más significantes del período desarrollado. Además, cada capítulo propone a *quien aprende* ejercicios que derivan en el conocimiento de cada uno de aquellos recursos para lograr un conocimiento realmente humanista del período descripto, sin dudas, en sintonía con la enseñanza

del *trivium* —de la cual es exponente en toda su labor— que propone los tres caminos que debe recorrer la inteligencia para desplegar su potencial: la gramática, la lógica y la retórica.

El primer capítulo (p. 7-22) está dedicado, como anticipamos, al *pueblo hebreo*, en el que inicia la tradición, ya que es el elegido por Dios para revelarse mediante su Palabra. Su historia nace con el llamamiento de Dios a Abraham (p. 9), es decir, éste y su descendencia son los depositarios de los “oráculos de Dios” a la espera de la llegada de Cristo, el Verbo Encarnado. Hasta Su venida se sucederían los siglos que se recorren en el capítulo primero, segundo y tercero de esta obra. De este pueblo surgen las figuras de Moisés, quien conservó las tablas de la ley —los Diez Mandamientos— entregadas a él por Dios, el Rey David y su hijo Salomón (p. 10), quienes planearon y construyeron el templo de Jerusalén y guardaron en él el arca de la alianza con las tablas de la ley (p. 16-17).

El segundo capítulo (p. 23- 53) trata del *pueblo griego*, en donde nace la *paideia*, síntesis de cultura, tradición y educación. A partir de entonces, el hombre presiente que su perfeccionamiento como buen hombre y buen ciudadano no concluye en una inmanencia. El cristianismo aportará la doctrina que termina de explicar la realidad. Se explica que “El legado de Grecia lo podríamos sintetizar en: su lengua; la filosofía clásica, con la búsqueda de la verdad; su peculiar concepción del hombre; el concepto de *pólis*; los cánones artísticos tan ricos por su equilibrio, armonía y unidad o integración; su concepto de *paideia* o cultura a secas; su distinción y jerarquización de valores que conforman su modo de ser en el mundo” (p. 23). La educación griega parte esencialmente de los poetas y el arquetipo o ideal de educación es el héroe, personaje que generalmente es descendiente de los dioses y es ejemplo de vida. Así, refiere y desarrolla las tragedias de Sófocles, como la de *Edipo Rey* (p. 27) y la de su sucesora *Antígona* (p. 31), y partes de la *Ilíada* de Homero —en particular la Aristeia de Diomedes (p. 33-36)—.

En el s. IV a. C. se produce la crisis de la *pólis* griega, un punto de inflexión marcado por guerras entre griegos y persas —guerras médicas—, de combate entre espartanos y atenienses —guerra del Peloponeso que la autora refiere a partir del primer historiador de la humanidad, Tucídides (p. 37 38)— que termina en la derrota de la Atenas de Pericles (p. 39-42), con la consiguiente mutación del ideal homérico al ideal espartano, de cambios políticos, de crisis económica y la presencia de los sofistas que pretenden destruir los fundamentos sólidos de la civilización griega. Frente a la crisis aparecen Platón y Aristóteles, para dar luz a las sombras creadas del siglo. En este sentido, presenta a ambos filósofos seguidamente a los acápites referidos al fin de la Atenas de Pericles. Con respecto a Platón, realiza una selección de su *Carta VII* (p. 43-46) en donde cuenta Platón su itinerario espiritual respecto a la actividad política; su relación, en su carácter de consejero, con el gobernante Dionisio II y sus planes de generar en él el deseo de vivir de acuerdo con la filosofía. De la carta resulta clara la importancia que para el filósofo tiene el establecimiento de leyes. A continuación, refiere a la *Retórica* de Aristóteles (p. 46-49), el segundo maestro que luchará contra la crisis griega. En particular destaca el tratamiento de Aristóteles acerca del carácter del joven, del anciano y del hombre maduro. Como en el caso del pueblo hebreo, cuyo principal santuario es el Templo de Jerusalén, en Grecia lo es el Partenón,

creado por Pericles en Atenas en el contexto de guerra descrito para obtener la protección de la diosa Palas Atenea y como agradecimiento por ganar las guerras médicas (p. 26).

Luego, la Dra. Hernández de Lamas se avoca a Roma, otro pilar y fundamento de nuestra civilización occidental, en su capítulo tercero (p. 54-102). “La aportación a la constitución del Occidente se puede centrar en: a) la creación del Imperio, con características propias y definidas, como comunidad de pueblos con una misma cultura y espíritu. Más que una conquista material de pueblos y espacios, Roma buscaba civilizar, humanizar; b) la creación del Derecho, como ordenamiento necesario de la vida social y política que se daba en él, esencial para la tan ansiada paz; c) la formación del soporte humano y geográfico de la nueva Religión, la cristiana, a la que ayudaría a cumplir con su vocación universal; d) Israel es una provincia romana cuando nace Jesucristo [...]; e) Su lengua, el latín, fue el medio de comunicación de todo Occidente, en particular de la Iglesia (que lo adopta junto con el griego) y de la Ciencia. Es el origen de todas las lenguas romances, incluida la española, que hablamos hoy” (p. 54). Con Roma se produce la fusión de la cultura greco-romana, en el siglo II a. C. se conquista a Macedonia, Grecia y Pérgamo. Los primeros acápites del capítulo conciernen a los actores principales que lucharon loablemente por Roma defendiéndola y ampliando su esplendor geográficamente. Así se refiere a la intervención crucial de Cincinato en salvar al ejército romano, como así también, del hambre y la traición a todo el imperio (p. 57-59), a Escipión quien conquistó uno a uno los pueblos (p. 59-62), las andanzas de Julio Cesar en la guerra de las Galias para detener la intrusión de las tribus bárbaras en el territorio romano (p. 62-64). Luego del período de guerra describe la *pax romana* de César Augusto (p. 66-68). Seguidamente, perfila la poesía de la Roma clásica con Horacio y Virgilio (p. 68-74) por medios de dos poemas que describen la vida campesina. Adentrado el capítulo, trae la exposición de la amistad de quien fuera el orador, político, y jurista romano por excelencia, Marco Tulio Cicerón (p. 90-92) y la *Carta* de Séneca, autor que realiza un acercamiento a la doctrina católica sin contar aun con el auxilio de la Revelación (p. 93-94). El templo romano es el Panteón, mandado a construir por el emperador Adriano en el año 125 o 128 después de Cristo, que sería la iglesia cristiana, primera Iglesia católica de Roma.

Finalmente, en el capítulo cuarto se dedica al cristianismo (p. 103-148) que surge con la Encarnación del Verbo, Dios se hace hombre, el mundo ahora tiene un criterio seguro de discernimiento acerca de la verdad y el error, de lo bueno y de lo malo. Pone al alcance de todos la fatigosa búsqueda de la trascendencia. Así, comienza el capítulo con el Evangelio según san Lucas 2,1-20 donde cuenta que en tiempo del emperador romano César Augusto, éste mandó a realizar un censo de toda la tierra y por entonces nació Jesús, nuestro Señor (p. 104). Cita distintos textos en donde se exhorta a perseverar en la fe y en la caridad (Segunda carta del apóstol San Juan, p. 112), a actuar como Cristo (San Pablo, Carta a los Filipenses, p. 114) y a reconocer la dignidad de ser cristiano (San León Magno, p. 123-124). Enseña que el cristianismo y con él su arte (p. 108-111) permanecen oscuros durante mucho tiempo dado que recién se deja de perseguir a sus seguidores en el año 313 con el edicto de Milán (p. 132). Hasta entonces los martirios fueron constantes (“El martirio de Esteban”, p. 115-118; “El fin de San Pedro y San Pablo”, p. 124-127;

“Perpetua y Felicidad”, p. 128-131), en todos ellos se describe la enorme fe de los mártires que mueren al ser descubiertos cristianos y declararse expresamente como tales. Con el mencionado edicto el cristianismo se convirtió en la religión del Imperio. En oriente y occidente se inicia la primera gran época de la teología como también la lucha contra la herejía. Constantino es el primer emperador cristiano. En éste contexto, el culto que inicialmente por ser prohibido se había realizado en casas privadas, cementerios o catacumbas, pasa a ser realizado libremente en basílicas que se construyen al efecto. Por último, finalizando el capítulo, trae a San Agustín (p. 141-146), padre y doctor de la iglesia, que deja el camino preparado para que en el s. XIII Santo Tomás termine de asentar los fundamentos científicos de la Religión Católica.

Esta reseña muestra como la autora enseña a *quien aprende* la profundidad de nuestra cultura humanista, para la que utiliza eficazmente una prolífica selección de acontecimientos, textos, actores, autores, obras, música, filosofía y poesía que ilustran cada período de nuestras raíces. Sin dudas, este texto —como así los restantes volúmenes del proyecto “Humanidades”— contribuye a la educación del hombre de occidente, cualquiera sea su edad, en las raíces de la cultura de la que es merecedor.

Belén Masci